

cristiana disciplina, teniendo siempre la religion mucho desvelo en que los ministros sean capaces, cuerdos y asistentes à tan cristiana tarea como es la enseñanza de la doctrina, siguiendo el consejo de los Proverbios, que enseñan que debemos amar mas la tarea en la instruccion de la doctrina, que cuanto oro hay en el mundo, y sin ella será uno pobre, desdichado, aunque tenga mas opulencia que Crespo.

CAPITULO V.

Aumentos de nuestra religion en lo interior de esta provincia, y entrada de nuestros religiosos á lo interior de la tierra.

Con las referidas circunstancias se fundó el convento de Zacatecas, y siendo sus fundadores de la provincia de Michoacán, se enumeró este convento á los de la provincia dicha el año de 1577, como consta del despacho de su ilustrísima referido arriba. Ya en este tiempo antes de esta fundacion se habian erigido otras menores casas de doctrina en la tierra adentro por nuestros religiosos hijos de la provincia del santo Evangelio que fueron el origen de la estension en que se halla hoy por la piedad divina dilatadísima. Sucedió, pues, en esta forma: por el año de 1553 cuando solo habia en Zacatecas un pequeño hospicio en que se albergaban los religiosos que administraban á los españoles soldados y á los indios, habiendo sucedido en el nuevo pueblo un accidente en que fué preciso pusiese la mano el señor virey que entonces era D. Antonio de Mendoza, envió á un religioso sobrino suyo llamado Fr. Gerónimo de Mendoza, varon prudente, de mucha cordura y de ejemplar vida, para que con su autoridad y prudencia suavizase los sucesos que pudieran impedir la permanencia del nuevo mineral y pueblo de Zacatecas. Habiendo llegado dicho religioso, se hospedó en el pobre hospicio y con toda prudencia y suavidad dispuso de tal forma todas las cosas, que todos los mineros quedaron ale-

gres y contentos por el buen espediente que dió al negocio que se le habia encomendado. Los indios caciques de la nacion Zacateca, que por miedo de los españoles estaban retirados en otras partes no conocidas, tenian ya noticia de otros bárbaros, de cómo los españoles tenian formado el Real, ocupados ya de asiento en el ejercicio de sacar plata: sabian asimismo la suavidad y cariño con que los españoles trataban á sus compañeros, y que les daban alguna ropa y otras bujerías para ellos mas apreciables que son para los europeos los diamantes de mejor fondo.

Con estas noticias vinieron diferentes caciques ó capitanes á ofrecerse por vasallos del rey católico, que la mansedumbre en las operaciones, es segun el Eclesiástico, el mas eficaz atractivo de los corazones, y concilia el afecto de los mas bárbaros pechos. Y aun los profanos atribuyeron á la paz los fecundos frutos de los inanimados troncos, como si los árboles fueran mas productivos por ser con la paz mas bien tratados. Esta voluntaria sujecion que los caciques hicieron á nuestro rey y señor de España, fué de mucho consuelo y gusto para nuestros españoles, porque no solo les franquearon los caminos de sus tierras, sino que les trajeron ricos metales, que afinados reconocieron tener mucha ley de plata, y ser mineral de cuenta el que producía semejantes piedras. Trataron de salir á buscar el nuevo mineral, conducidos de indios del mismo sitio, que se ofrecieron voluntariamente á conducirlos: dispuesto todo lo necesario para el viage, faltaba solamente capellan que quisiera ir á la nueva entrada, porque los religiosos eran solos tres y necesarios en el nuevo pueblo: visto esto por el padre Fr. Gerónimo de Mendoza, porque no decaeciese una empresa tan heroica, no obstante que estaba para volverse á México por tener ya concluido su negocio, se ofreció con todo amor y gusto por capellan del escuadron formado, diciendo con celo religioso y cordura muy cristiana, "que pues á un negocio de un señor temporal habia hecho oblacion de su persona y tenido acertado cumplimiento, que no parecia bien que á un negocio del Rey de los reyes no pusiese todo conato, entregando su persona y vida si necesario fuese; porque no podia dudar que habria en aquellas tierras muchos bárbaros que convertir, y que esperaba en

la piedad divina habia de hacer en aquella jornada mucho fruto de su agrado." Los soldados que oyeron resolucion tan cristiana, se dieron los parabienes, pues no solo llevaban ministro, sino persona de autoridad de quien pudieran valerse en lances muy apretados, por haberle conocido muy político y prudente en sus dictámenes. Dispuesto ya lo necesario para la entrada y encomendado á Dios el negocio, salió este venerable varon con los soldados caminando casi hàcia la parte del Norte, que es lo que los náuticos llaman Noroeste, encontrando por los caminos alguna gente de la nacion Zacateca, que entonces cogia lo que tenia poblado esta nacion mas de 100 leguas de longitud, sin los rodeos.

Despues de haber caminado por caminos ásperos y solitarios como 30 leguas, los indios conductores le mostraron el rico mineral de San Martin, 3 leguas adelante de donde hoy es Sombrerete, llamado así el mineral por haber llegado à él el mismo día del santo. Mientras los soldados registraban la novedad de la tierra, y la calidad de los metales entre los bruscos peñascos, el apostólico ministro Fr. Gerónimo de Mendoza, valiéndose de intérpretes indios y ayudándose con muchas voces del idioma zacateco, que habia aprendido, predicaba à aquellos dispersos bárbaros las verdades de nuestra ley evangélica, manifestándoles los errores con que el demonio los tenia engañados en su gentilismo; y como sus palabras eran tan amorosas, y su trato tan apacible y manso, con facilidad se rindieron à sus razones encendidas y verdaderas, que como enseñan los Proverbios, (*Prov. 22.*) es prerogativa suya oscurecer à la mentira. Motivo porque la erudicion profana pintó à la verdad zozobrando en un Océano tempestuoso, pero triunfante del combate de sus olas, con este lema: *Etiam servatur in undis.* Por este medio no solo se redujeron estos bárbaros, sino que à porfía condujeron otros de sus distantes rancherías para que lograsen como ellos la felicidad de estar unidos al rebaño de la Iglesia. Conociendo el bendito padre Fr. Gerónimo, que además de los reducidos, habia mucha gentilidad dispersa en algunas rancherías distantes del mineral, salia como otro Pablo en busca de sus amados hijos, para atraerlos con las luces de su doctrina y ejemplo à los seguros rediles de la Iglesia. Lo

que ejecutaba con tanta dulzura de palabras, que no solo le obedecian domésticos, sino que le seguian por los campos como si le hubieran tratado largo tiempo; siendo à los gentiles tan amable, que hombres, niños y mugeres dejaban cuanto tenian en sus pobres chozas por no retirarse de su vista.

Con este concurso de indios reducidos, tuvo noticia de una ranchería muy numerosa de bárbaros distante doce leguas de San Martin; y como el apostólico ministro todo era incendios en que se abrasaba celoso por la conversion de las almas, consultó con el capitan y soldados los medios necesarios para reducir à la fé aquellos pobres perdidos y descaminados gentiles; y conociendo que los votos de la consulta retardaban sus deseos fundados en prudentes razones, que persuadian ser muy contingente la empresa por ser pocos los soldados y los gentiles sin número, determinò recurrir à la oracion y poner en las manos de Dios este negocio, pidiéndole le inspirase lo que fuese de su agrado. Dijo misa con mucha devocion y lágrimas, y pidió à todos encomendasen à Dios tan importante negocio; tuvo la oracion tan feliz efecto, que salió del altar el bendito padre tan fortalecido de la inspiracion y divina gracia, que se resolvió no obstante la contradiccion de todos, y les dijo: que si supiera perder la vida en la demanda, habia de partirse luego à reducir aquella multitud de bárbaros, y que tenia por cierto que el que sacó à Daniel del Lago de los Leones, habia de sacar gustoso à su siervo de aquellos crueles lobos reducidos à ovejas mansas para el aprisco y rebaño de la Iglesia. Con esta resolucion se partió al inmediato dia acompañado solamente de un español y de un indio en busca de los gentiles, puestas en Dios solamente sus esperanzas.



CAPITULO VI.

Descúbrese multitud de gentilismo, y se consigue su conversion y reduccion.

Siempre que los siervos de Dios emprenden cosas que son del divino agrado, corre por cuenta de su Divina Providencia facilitar los medios para la consecucion de fines de su servicio, convirtiendo las mas ásperas montañas en caminos seguros y agradables. Bien lo esperimentó el bendito Fr. Gerónimo, cuando entró solo à lo interior de la tierra, jamas de gentes nuestras pisada ni aun conocida, pues no llevando mas avio ni armas que su breviario y una imágen de Cristo crucificado, à cuyo norte seguía, para acertar el rumbo que llevaba, encontró entre multitud de gentiles que hallaba por los caminos, no solo piedad y agrado, cosa agena de sus corazones feroces, sino socorro à las necesidades que en tan penosos caminos se le ofrecian, administrándole de sus rústicas y desabridas viandas el necesario alimento con voluntad cariñosa. Bajó la Sierra, que hoy llaman de Calabazal, y paró à las orillas de un rio que hoy llaman de Suchil, que es lo mismo que en castellano rosa ó flor, donde halló mucha cantidad de indios zacatecos, de quienes fué bien recibido y aun admirado: mirábale y rodeábale la multitud, y como nunca habian visto hombres blancos, los tenia la novedad suspensos: y cogiéndole de la cuerda, y advirtiéndole en su corona y hábito, se miraban con admiracion unos à otros. El religioso varon, valiéndose de muchos términos que de su idioma entendia, con las demostraciones de amor que pudo, y con la ayuda de un indio intérprete que llevaba, les manifestó los motivos de su viage, y cómo su ánimo era hacerlos felices con la luz del Evangelio: oyéronle los indios con mucho gusto y le prometieron abrazar rendidamente su doctrina, dando la obediencia à la Magestad Católica; de allí le llevaron muy festivos y alegres al valle que hoy llaman la Poana al puesto de Sanquintin, y en cada una de las poblaciones levanta-

taba cruces de madera, dándoles à entender lo que à su salvacion convenia.

Prosiguió su celo, deseoso de convertir gentiles, hasta llegar à la ranchería grande de que tenia noticias, y guiado de los mismos indios, llegó à un manantial abundante, que inmediatamente forma caudaloso rio, y hoy se llama el Ojo de los Berros, por los muchos que en él habia. Aquí fué donde advirtió tanta gente, que se quedó admirado, porque en ninguna otra parte vió concurso tan numeroso, y mas cuando advirtió la vigilancia con que estaban, la prevencion de arcos y flechas que tenian, las centinelas que sin cesar entraban y salian, y habiéndolos saludado con blandura y amor, y platicádoles el fin de su venida, recibida de ellos respuesta blanda y cariñosa, les preguntó la causa de estar tantos juntos en aquel sitio, y con tanto cuidado y vigilancia, à lo que respondieron que aquel sitio era plaza de armas de la nacion Zacateca, y frontera contra los indios tepeguanes, sus enemigos mortales, y que vivian unidos y prevenidos para resistir sus hostilidades; que no hay bruto que no sepa resguardarse del contrario, y nos consta à todos que los indios no pierden la ocasion de ofender cuando la hayan; y parece que en este punto habló de ellos el Espíritu Santo en los Proverbios. [Prov. 21.] Pudiéndose decir de ellos mejor que de los escitas Ovidio, que sus costumbres se manifiestan en la inclinacion que tienen à derramar humana sangre.

No se espantó el bendito Fr. Gerónimo à vista de tanta multitud de bárbaros, antes sin turbacion alguna solicitaba poner los mas eficaces medios para la conversion de tanto gentilismo; y aunque veia que la mies era tanta y tan dispersa, que aunque tuviera mas brazos que fingió la antigüedad de su Briareo. no podia alcanzar uno solo à comprender y abrazar los dilatados términos en que estaban colocadas las rancherías de los bárbaros: con todo este conocimiento, esforzado de su celo y del auxilio divino, puso el hombre infatigable al trabajo con ánimo de no desistir de la empresa, aunque el afan le quitara la vida. Pidió luz à Dios para la prosecucion de la obra; y como en los retiros de la oracion se vencen las mas árduas dificultades, mandó que à las orillas del Ojo de los Berros, le fabricasen una

enramada, lo mas decente que se pudiese, para celebrar en ella los misterios eclesiásticos. Comenzó á predicarles y catequizarlos con tanta suavidad y dulzura, que luego se hizo dueño de aquellos bárbaros corazones; asistianle los indios con mas cuidado que el que prometia su bozalidad y rudeza, hízoles con su predicacion y ejemplo reformar las bárbaras costumbres que observaban, y detestar los abusos que seguian: é hizo Dios ostentacion de su poder, para manifestar lo que á su siervo favorecia, pues siendo en ellos sus barbaridades, ritos y costumbres como naturaleza, lo detestaron todo luego, y ejecutaron reverentes cuanto el bendito padre les habia predicado, sin apremiarlos con castigos, ni premiarlos con don alguno; que el miedo ó el interés suelen ser las llaves maestras, que aun entre gente política falsean á veces una costumbre arraigada.

Desde este puesto hacia sus correrías el apostólico ministro, para atraer cada dia á la Iglesia nuevas almas, sin olvidarse de los españoles que en el Real de San Martin habia dejado, á donde acudia algunos dias á administrarles el espiritual consuelo, dándoles individuales noticias de la multitud de bárbaros que cada dia se reducía al aprisco de la Iglesia, para que le ayudaran á dar á Dios las debidas gracias por la manifestacion que hacia sobre aquellas gentes de sus divinas piedades y misericordias. En estos continuos afanes ejerció algunos meses su espíritu siempre ocupado en la conversion de los infieles, sin mas compañía que la de un español soldado, y la de un indio mexicano, que le asistian en sus jornadas y trabajos, sin usar otro alimento que las groseras comidas que los gentiles usaban, que las ordinarias eran víboras, ratones y algunas veces conejos ó venados, sin mas guiso que el que les daba el fuego, la que los bárbaros le ofrecian con mucho gusto: cada dia lo venian á buscar varias gentes, para alistarse en las banderas de Jesucristo; y conociendo el religioso ser imposible acudir solo á tanta tarea, fué al Real de San Martin, y pidiendo al capitán un indio mexicano para despacharle á México á los prelados y á S. E., remitió con él las cartas, en que por estenso noticiaba el buen estado en que estaba la tierra adentro así en la conversion de tantas gentes reducidas ya al gremio de la Iglesia, y á la obediencia de nuestro católico monarca, como de los

minerales muy ricos que se habian descubierto, y de los muchos que segun noticiaban los indios, restaban de conquistarse ó descubrirse: pedia al mismo tiempo al M. R. P. provincial de México, que á la sazón era el M. R. P. Fr. Francisco de Bustamante, religiosos que le ayudasen á la conversion de tantas gentes, como cada dia venian á recibir el bautismo en aquellas nuevas descubiertas tierras, de cuya buena disposicion se podian esperar copiosos y abundantes frutos.

Habiendo despachado el celoso padre á buscar nuevos obreros para labor tan devota, no cesaba de aumentarse el número de los feligreses, y conociendo que el sitio en que estaban, aunque abundante de aguas, era inútil para la siembra, por cuya causa temia que los recién convertidos padeciesen muchas necesidades, salió á buscar parage donde con mas conveniencia pudiesen conseguir con el sudor de su rostro el sustento natural; y habiéndolo registrado todo, le pareció mas apto el en que hoy está la villa del Nombre de Dios fundada con las tierras que hay hasta lo que dicen de Zamora, donde se junta el rio de Suchil y de San Pedro, terreno de tanta agua y fértil, que se puede sembrar en él mucho maiz para el sustento de los indios. Persuadióles á los bárbaros que dejando la aspereza de las peñas, bajasen á la llanura donde con mas conveniencia lograrían sus cosechas, y pasarían la vida humana; y siendo esta gente tan amante de sus áridos rincones donde han nacido, pues dejan las mayores amenidades por un desierto peñasco como aun hoy lo experimentamos, obedecieron rendidos, y bajaron todos al referido sitio, donde con la mayor comodidad que se pudo, fabricaron sus pajizas chozas, y repartieron entre todos las tierras necesarias para sus huertecillas, disponiendo en el pueblo cuatro distintas parcialidades de otros tantos capitanes, que eran las cabezas de aquellos indios, á quienes los demás obedecian gustosos. En medio edificaron una iglesia capaz para el concurso de la gente, en donde se recogió toda, y desde ese dia le pusieron por nombre al pueblo San Francisco del Nombre de Dios, por haber sido la primera poblacion que se formó por nuestro bendito padre Mendoza en aquellas vastas soledades. Juntos y congregados comenzaron con la industria de su devoto y religioso maestro á cultivar y sembrar la

tierra, de maiz, calabazas y otras semillas que les dió el padre Fr. Gerónimo, y fué la cosecha tan abundante de todo, que se admiraron los gentiles recién convertidos con la abundancia, teniendo desde entonces las palabras de su ministro como oráculos: experimentando que de su político obrar siempre les provenia mucho bien, y que teniendo lo necesario para su mantenimiento, para aprender la doctrina les sobraba tiempo; pues no necesitaban de salir de sus casas á buscarlo ni tenían que pretestar ese motivo para dejar de acudir puntuales á la enseñanza de la cristiana doctrina que con todo cuidado les enseñaba el devoto padre.

CAPITULO VII.

Llegan á la conversion otros religiosos nuestros, y se agregan nuevas gentes á la doctrina.

Recibidas las cartas del padre Fr. Gerónimo de Mendoza por el provincial del Santo Evangelio, aun no se resolvía á enviar religioso alguno por la falta que cualquier ministro hacia en aquel dilatado reino; no atreviéndose á dejar las plantas seguras, por las que se discurrían contingentes en tan ásperos retiros; pero como el virey era afecto de este venerable religioso por ser sobrino de su antecesor D. Antonio de Mendoza, y por sus religiosas prendas le miraba con afecto, se empeñó con los preladados del Santo Evangelio para este asunto; y como la obra era tan piadosa, se dispuso que remitiesen cuatro religiosos, los que despacharon con la mayor brevedad á la presencia del padre Fr. Gerónimo. Estaba este en los mayores ahogos originados de su continua ocupacion, y del trabajo que padecia por la administracion tan dilatada, cuando fué Dios servido de traerle el consuelo, cuando menos lo esperaba, de dos religio-

sos sacerdotes, un lego y un donado, todos varones de virtud excelente y discrecion maravillosa. Llegaron estos al pueblo del Nombre de Dios el dia 11 de Enero de 1556 años: venia por prelado el padre Fr. Pedro de Espinareda, varon apostólico y muy docto que dió mucho aumento al fomento de los conventos de esta provincia con créditos de muy observante religioso; seguiale el padre Fr. Diego de la Cadena, predicador excelente y de fervoroso espíritu; el religioso lego se llamaba Fr. Jacinto de San Francisco, y el donado Lúcas, hombres de caridad ardiente, y celosos de la salvacion de las almas.

El regocijo que recibió el padre Fr. Gerónimo con la presencia de estos cuatro benditos padres fué tan escesivo, que le hizo prorrumpir en muchas lágrimas: no cesaba de abrazarlos, dándoles mil agradecimientos por su venida, de que esperaba habia de resultar mucho fruto para Dios en aquellas retiradas asperezas. Trató luego de su descanso en la pobre choza que tenia, dándoles de comer de aquellos rústicos manjares que acostumbraba. No le salió el contento tan barato, pues en las cartas que trajeron los religiosos recibió orden del prelado general de España, para que partiese luego á los reinos de Castilla. No sentia la partida por lo acelerado y trabajoso del viage, sino por el amor que habia cobrado á aquellos pobres recién convertidos hijos, que ya contemplaba tristes con su ausencia, y allí suplicó á los religiosos no divulgasen su partida hasta que cogiesen corriente con la administracion y trato de los bárbaros, receloso de alguna novedad en los indios, á que son muy inclinados.

En este tiempo el padre Fr. Gerónimo los iba introduciendo y acreditando con los indios, dando delante de ellos al padre Espinareda veneraciones y obediencia, y hablándole muchas veces hincadas las rodillas; y como los indios veían los aprecio que su padre hacia de los nuevos religiosos, y la obediencia que su maestro tenia al padre Fr. Pedro, concibieron grandísimo respeto á su persona. Hízolos capaces de todas las rancherías, y de lo que habia conocido de aquella gente, el tiempo que los habia tratado; y estando enterados ya los compañeros de lo necesario para la conversion y educacion de los indios, trató de hacer á los bárbaros notoria su partida, con la mayor

suavidad que pudo. Díjoles que era necesario ir á España á ver á los superiores, con mucho sentimiento por dejarlos; pero que les prometia que á los dos años volveria á su presencia con mision de religiosos, para que los asistiesen en sus pueblos y les ayudasen para su mayor aumento, lo que esperaba conseguir en la corte del rey católico. A esta propuesta comenzaron á dar gritos y alaridos, diciendo no habian de permitir se ausentase de su vista, porque todos le amaban como á padre; pero aunque la turba clamaba, les dió tales razones y tales esperanzas de su vuelta, que por darle gusto en todo, convinieron en dejarle salir del pueblo.

Ecshortólos el padre á la veneracion que debían tener á los religiosos, á quienes debian respetar como á padres: la observancia que habian de conservar en las cristianas costumbres, y la obediencia que debian dar á los ministros del rey de España, la union que en sí debian tener, detestando los errores con que hasta entonces los habia el comun enemigo alucinado: animó asimismo á los nuevos compañeros, y les encargó la paciencia que debian tener en los muchos trabajos que les esperaban en la conversion de tanta barbaridad, la que conocia ser la basa fundamental para felices progresos; y abrazándolos á todos como otro San Pablo, les echó su bendicion, derramando copiosas lágrimas, al que acompañaban las de los bárbaros, siguiéndole gran multitud de gente por el camino, hasta que viéndolos muy distante del poblado, les hizo volver á su pueblo, y prosiguió su camino en obediencia de los superiores mandatos.

Pasó por San Martin y Zacatecas, y dando noticia á sus vecinos de la tierra descubierta, y de la nueva conversion de tanto bárbaro, les notició juntamente de los minerales ricos que se habian descubierto en San Martin y otros cerros, y los animó á que socorriesen con gente y ministros á aquellas gentes: las mismas noticias dió al virey y prelados de la religion en México, quienes le dieron las gracias por el mucho fruto que habia hecho en aquellos retirados desiertos, y le prometieron fomentar lo que dejaba empezado: y descansando en México el tiempo necesario, pasó al puerto y á España dejando obra cortada, en que ha 180 años que la provincia se ocupa en la conversion de infieles, descubriendo cada dia mas naciones, que reduci-

das por el infatigable afan de los hijos de esta provincia, se agregan á la soberana grey de Nuestra Madre la Iglesia.

Como el padre Fr. Pedro de Espinareda con la discrecion que con él tuvo el ausente ministro, habia quedado en tan buen crédito con los indios, se consolaron con su presencia, y obedecieron rendidos á sus mas leves insinuaciones. Desde aquel dia comenzaron estos venerables religiosos á hacer en la conversion cada cual su deber, con todo esfuerzo, sin omitir diligencia alguna por dificultosa que fuese, para atraer á ley del Evangelio otras naciones, de que ya tenian noticia; y puestos en las manos de Dios, resolvieron buscarlos en sus propias tierras, para cuyo fin envió el padre Espinareda al padre Fr. Diego de la Cadena en compañía del hermano donado Lúcas por los llanos de Guadiana hasta llegar á un manantial caudaloso de aguas dulces, aunque tibias, donde halló mucha cantidad de gente, y por medio de los indios que interpretaban sus palabras los redujo con toda facilidad: dió noticia al padre Espinareda de la mucha gente que habia hallado, y de la pacificacion con que le habian recibido, obedeciendo á Dios y al rey sin repugnancia alguna: noticia que causó muchísimo consuelo al devoto padre; y le escribió que prosiguiese con valor en obra tan del divino agrado, catequizando y bautizando los indios que estuviesen dispuestos, puliéndolos con el cincel de las evangélicas palabras, de forma que conociesen toda suavidad y sincero trato.

Recibió el padre Fr. Diego el orden, y como era varon apostólico, le ejecutó á la letra sin omitir diligencia alguna. El hermano Lúcas, su fiel Achates en sus trabajos, se ocupaba en juntar los niños y niñas, y como en su tierna edad era fácil imprimir aún las palabras de nuestro idioma castellano, los enseñaba á rezar en él, formando coros de ángeles para las alabanzas divinas de aquellos que pocos dias habia tenia el demonio engañados con la idolatría. Con este desvelo se propagaba el número de los cristianos; de forma que parece haber resplandecido la bendicion de Dios en aquellas nuevas convertidas plantas (con la celebridad que San Pablo enseña *ad Ephes.*) para premiar el desvelo de aquel ministro evangélico. Con estos consuelos vivian nuestros religiosos ocupados haciendo de

aquellos páramos vergeles, y gustosamente entretenidos en la educacion de sus nuevos hijos: que es gran regocijo y gloria del iardinero contemplar bien medrados los cuadros y flores que crió á riego de sus sudores, y aun es premio de las mejores obras el verlas perfectamente consumadas.

CAPITULO VIII.

Auméntase el número de los cristianos en nuevas doctrinas, y dan principio á sus inquietudes algunos indios.

Descubiertos y convertidos por el devoto Fr. Diego de la Cadena, los indios que estaban rancheados en el puesto referido, que hoy es ciudad de Durango, no contentándose con la nueva poblacion, salia á las rancherías inmediatas atrayendo cada dia con su predicacion y enseñanza nuevos hijos á la Iglesia, y consultando con el padre Fr. Pedro la multitud de bárbaros que tenia congregados, determinaron fundar pueblo en forma, como el del Nombre de Dios, en donde fabricaron iglesia y casas pajizas, con que se comenzó á dar política á aquellos bárbaros incultos, poniéndole por nombre al pueblo San Juan Bautista de Analeo. Diéronse tanta prisa en buscar almas estos dos benditos padres, cada uno en el pueblo que moraba, que comenzaron á afligirse por la falta de compañeros y ministros, porque aunque mientras salia el padre Fr. Pedro de su pueblo del nombre de Dios, quedaba siempre Fr. Jacinto educando á los niños y enseñando á rezar á los adultos, ejecutando lo mismo el donado Lucas en San Juan de Analeo: con todo, como ni uno ni otro podian ayudar á la administracion, era grande la fatiga que los dos religiosos padecian; á que se añadía el acudir tambien al Real de San Martin los dias festivos á decir misa, y administrar á los españoles, con mas de doce leguas de distancia.

Por esta causa suplicaron á los prelados de México les enviasen nuevos obreros para el cultivo de esta viña, significándoles la multitud de almas que cada dia se reducian al gremio de la Iglesia, y la mucha gentilidad que habia, deseosos de salir de los errores de la idolatría: con este aviso el R. P. provincial Fr. Francisco de Bustamante, celoso del bien de aquellas almas, envió cuatro religiosos de su provincia de México á la obediencia y cuerdo dictámen del padre Fr. Pedro de Espinareda, para que asistiesen donde por él les fuese señalado.

Vinieron asimismo muchos españoles, atraídos de lo fecundo de la tierra y del rumor que corria que habia muchos minerales de plata: con la venida de los cuatro religiosos y de los españoles que los acompañaban con ánimo de poblar la tierra, tuvieron mucho consuelo los dos ministros evangélicos; que los trabajos mayores se toleran con la compañía, y las cosas mas deleitables al gusto, no son gustosas si la compañía falta, como advirtió Seneca. (*Sen. Epist. 6.*) Con esta entrada de los españoles se trabajaron con mas ahínco los minerales, y se fundaron muchas labores con que la tierra comenzó desde este año á tener algun comercio: llamándose desde entonces toda aquella tierra con el nombre de Nueva Vizcaya, señalándose gobernador y capitán general, para que estuviera defendida, y en toda política gobernada: y pareciéndoles muy bien el pueblo que el padre Fr. Diego de la Cadena habia formado, fundaron una villa á la cual llamaron de Durango, que hoy es ciudad muy ilustre, y cabecera de obispado, y en el pueblo del Nombre de Dios fundaron otra villa; todo lo cual se hizo con autoridad del virey, que era entonces D. Luis de Velasco: y con esta ocasion nuestros religiosos sacaron las licencias necesarias para fundar en las dos referidas villas convento en forma; y conseguidas, año de 1558, mejorando de lugar, hicieron con la ayuda de los españoles iglesias y monasterios en las referidas villas, siendo al mismo tiempo curas ministros de los españoles é indios, que en ellas vivian y moraban.

Contento el padre Espinareda con la poblacion referida, y con dos conventos en toda forma, con la ocasion de tener otros cuatro religiosos para ayuda de la conquista, trató con los españoles dispusiesen un razonable trozo de gente, que con indios